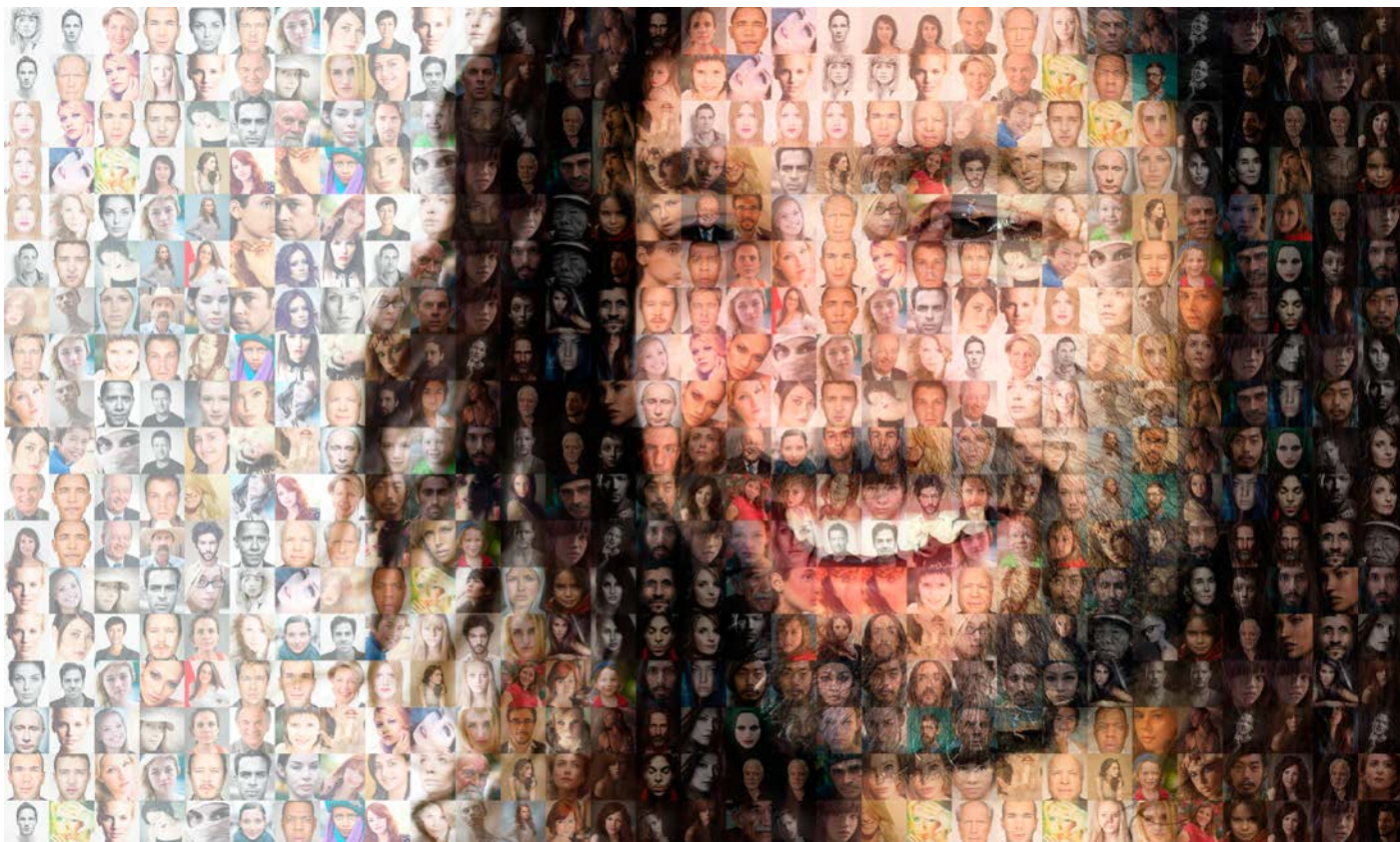


Demandas de identidad

Identidad: entre masa e individuo.

Adrián Alonso Enguita

La identidad puede entenderse como un concepto que define la individualidad; aunque el individuo suele disolverse en el grupo.



FOTOGRAFÍA: Indivisuo vs. colectivo. Óscar Baiges

Del barrio del Llano en Gijón, gijonés en Asturias, asturiano en España, español en Europa, europeo en Asia. Grupos y subgrupos. ¿Cuál escojo? ¿Cuál me define? No lo escojo yo, al parecer, sino el otro. Soy en función de lo que es el otro. Mi identidad siempre involucra esa palabra tan representativa como confusa: la alteridad. No soy nada sin un otro que es, justamente, otra cosa. Así que la identidad me separa, pero sería absurdo no ver que la identidad me une. No cabe identidad sin el semejante. Nada más cotidiano y absurdo que alegrarse de ver a otro español en Pekín: ¡es de los míos! Nada más feliz que encontrar a otro gijonés en París. ¡Nos reconocemos! ¿Qué reconocemos? Algo que compartimos y que se enreda en ese con-

cepto difuso: compartimos la identidad, al menos una de ellas.

Porque somos de algún lugar espacial, físico, pero nos definen muchos otros elementos. Nos gusta el fútbol y nos abrazamos a desconocidos cuando el equipo de la ciudad vence en su semanal partido y pasamos, a continuación, a discutir a causa de los pequeños clubs de barrio que disputan sus pequeñas y humildes liguillas. Pero algunos miramos con desdén el deporte y lo señalamos como movimiento de masas... la masa. Es quizás esta idea la que sobrevuela discursos como el de Maalouf en *Identidades Asesinas* y que nunca vemos posarse. Las identidades, se desprende del texto, tienen un aroma a movimiento de masas que difícilmente pueden tor-

narse movimientos de individuos. ¿Fracaso y virtud de las identidades? Fracaso cuando se da el ensamblaje en la masa, virtud cuando se fragmentan en individuos. Esta será nuestra tesis.

Maalouf se propone una tarea, dice: “tratar de comprender por qué tanta gente comete hoy crímenes en nombre de su identidad religiosa, étnica, nacional o de otra naturaleza”¹. Acudimos a Canetti en *Masa y poder* buscando auxilio y nos dice que la masa podría ser interpretada aquí como la manifestación pasional de la identidad. Una identidad que explota contra el otro, que busca al otro y que niega cualquier otro tipo

1 Amin Maalouf, *Identidades Asesinas* (Alianza, Madrid, 2001) 17.

de identidad. Y aquí vemos el origen del peligro que busca Maalouf: infinidad de identidades nos definen en un análisis sosegado, solo una nos gobierna desde la pasión. De ahí que la pregunta que le hacen y que relata al comienzo del libro es fundamental: ¿pero entonces eres libanés o francés? Y aquí está la clave que ahora podemos descifrar: “en el fondo, ¿qué es lo que te sientes?”². Descompongamos esta pregunta porque es la que vertebrará toda la cuestión.

La identidad, implica la pregunta, es una cuestión excluyente. Nada de ser francés y libanés, nada de ser cristiano y musulmán (la deliciosa paradoja del largometraje *La vida de Pi* se da cuando el personaje anuncia que él se define de todas las religiones... podríamos imaginarnos al sorprendido interlocutor preguntando: “ya, pero en el fondo, ¿qué es lo que te sientes?”). Hay, por lo tanto, que escoger. Se ha de elegir. Pero cuidado: la elección no es racional, no es reflexiva; no es una cuestión deducida a partir de profundos principios éticos o inferida tras un largo y duro cálculo de consecuencias posibles y adecuadas —en definitiva, no es *phronesis*—. Muy lejos: la elección es una cuestión sentimental. ¿Qué te sientes? ¿Cuál es tu *páthos*? Y ahora, rebuscando en tu corazón de quién eres, exprésalo. Expresa tu identidad ahora que has excluido por motivos sentimentales al resto de identidades.

Y nos sorprende leer que “mi identidad es lo que hace que yo no sea idéntico a ninguna otra persona”. Pero este juego es perverso. Maalouf se refiere a las mil y una identidades que conforman la suya, individual, particular. Dice que nadie es como él, que no se puede adscribir a ningún grupo perdiendo su peculiaridad individual. Que no se puede permitir perder todo lo que le identifica como individuo para unirse a un grupo. En el grupo reina la igualdad, es masa, ya nos lo dijo

Canetti. El individuo se disuelve en el grupo: las diferencias se olvidan, se oscurecen, ya lo hemos dicho, y se ilumina lo que se comparte, a saber: la identidad común que asesina a las restantes.

Cuando Maalouf dice que su identidad es única está diciendo algo extraño: se está separando de cualquier masa y se está afirmando como individuo. Masa e individuo se excluyen. La masa es el lugar donde el individuo queda fagotizado y se pierde, abandona todo lo que le hace particular y, en definitiva, importante, digno. Esa es la definición de dignidad: la que afirma la individualidad, la que afirma la fortaleza de lo que se niega a verse diluido en la totalidad. Afirmar la altura de la individualidad es definir al particular como un fin... no como un medio. Nos acercamos a la ética kantiana y nos separamos de los totalitarismos.

“ La masa es el lugar donde el individuo queda fagotizado y se pierde, abandona todo lo que le hace particular. ”

No es este el lugar para abandonarnos en los textos de Hannah Arendt³ pero sí para usar el marco teórico que ella construyó. Y lo que con pincel fino dejó para nosotros es un retrato, justamente, de la radical maldad de la masa en su extremo, en su máxima expresión. Hannah Arendt encontró en Eichmann al hombre que ya no es individuo y que se ve absorbido en una identidad que le prohíbe tener ninguna otra. Esa identidad queda definida por su alteridad: el otro, el judío. Y ese hombre que ya no es individuo en-

3 Es quizás el más accesible su informe sobre Eichmann. Hannah Arendt, *Eichmann En Jerusalén. Un Informe Sobre La Banalidad Del Mal* (Barcelona: Lumen, 1999).

cuentra su objetivo en su alteridad. Alemania fue masa (como lo fue la URSS) bajo una serie de rituales anunciados por Benjamin⁴ y que Todorov⁵ recuerda con espanto. Los totalitarismos, en el sentido específico que les da Arendt, han quedado atrás pero nos pueden ayudar a ver el horizonte de peligro y las causas del peligro. Maalouf tiembla a lo largo de su obra a causa de los excesos que vienen de la identidad tomada desde la pasión, pero nos abre una puerta a la esperanza.

La identidad como elemento individualizador, único e irrepetible, compuesto de diversas costumbres, ritos, ceremonias y creencias, pero también de recuerdos, experiencias y aprendizajes, de carácter y de reflexiones, de conocimientos, victorias y derrotas. En cualquiera puede encontrar algo que les une y con cualquiera puede señalar algo que les separa. Acentúa lo que le acerca a cualquier persona o grupo humano sin olvidar, jamás, lo que le separa. No es, en definitiva, masa, ni lo será nunca. Su reflexión es eso mismo, reflexión, no pasión. No grita su identidad, la acepta y la asume, la quiere y la muestra como elemento configurador de su persona, no del grupo. Él, como cualquier otro, es un fin, no un medio. Cuando se convierte en un medio Hannah Arendt nos trae la figura de Eichmann: él es un medio. Solo el individuo como opuesto a la masa se puede entender como un fin.

4 Ese ángel que no puede parar de volar arrastrado por los vientos del progreso y que, sin embargo, se aterroriza contemplando lo que deja a su paso. Reyes Mate, *Medianoche En La Historia: Comentarios a Las Tesis De Walter Benjamin* “Sobre El Concepto De Historia” (Madrid: Trotta, 2006).

5 Tzvetan Todorov, *Los Abusos De La Memoria* (Barcelona: Paidós, 2013). «los regímenes totalitarios del siglo XX han revelado la existencia de un peligro insospechado: la supresión de la memoria». Es la memoria la que crea la identidad, y es esta una sentencia que merecería más argumentación de la que aquí se le va a conceder.